

Charlotte Delbo: Hospitalidad como resistencia, belleza y memoria en los campos de la muerte.

Pedro Pablo Achondo Moya
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
pedropabloachm@gmail.com

Resumen Breve:

La ponencia busca poner de relieve el pensamiento y la praxis de la activista, escritora y miembro de las juventudes comunistas francesa, Charlotte Delbo. Junto a 230 mujeres, un día 24 de enero de 1943 desde Compiègne es deportada a los campos de concentración en Auschwitz. Su testimonio deja entrever no solo el horror de la barbarie, conocido por tantos escritores y sobrevivientes, sino y aquí radica su importancia y originalidad, en la humanidad que ella pudo ofrecer y descubrir. Probablemente por su exquisita sensibilidad y, sin duda, por su ser mujer Charlotte Delbo logra testimoniar la esperanza humana contra todo, la belleza de las relaciones interpersonales cuando la vida peligra a cada segundo y la maravilla de los detalles cuando no hay nada más que perder.

La propuesta es entrar en su testimonio a partir de su trilogía “Auschwitz et après”, hacerlo desde la mirada del teólogo (creyente), y verificar como el odio, la violencia y el abuso (en definitiva, el mal) no son capaces de destruir la belleza que el ser humano porta. En el campo, Charlotte Delbo se transforma en una figura de hospitalidad para comprender que la fuerza de la resistencia y que la batalla por la vida debe ser dada hasta el final. Ningún discurso basado en el odio, la segregación y el egoísmo pueden opacar y enmudecer lo que somos. Y lo que podemos llegar a ser.

El estudio se enmarca en lo que podríamos llamar una “ética de la esperanza”. En tiempos de catástrofe y de incertidumbres eco-sociales, es en los testimonios del margen, en las vidas sufridas y arrebatadas, en los relatos de lucha y sobrevivencia donde encontramos las semillas para seguir esperando, para seguir creyendo en el ser humano y para seguir trabajando en la construcción de la justicia y la paz. Sin duda el testimonio de Charlotte Delbo constituye una pieza clave, tan llena de lucidez como de belleza en una época herida –la de ella; y la nuestra.

Introducción.

En este ensayo quisiéramos adentrarnos en la virtud de la hospitalidad desde una figura bien concreta y escasamente conocida en Latinoamérica. Nos referimos a Charlotte Delbo.

Charlotte Delbo, nació el 10 de agosto de 1913 en una región al sur de París, a orillas del río Sena. De familia de inmigrantes italianos es la hija mayor de cuatro hermanos. Estudió dactilografía en inglés en el París de los años 30. Allí conoció el marxismo y a su futuro marido Georges Dudach, ferviente militante comunista. Dudach, a partir de 1937 dirigirá el periódico “Le cahiers de la jeunesse” donde trabajará Charlotte. Eso le permitirá entrevistar a Louis Jouvet, uno de los mas grandes directores de teatro y actores franceses del siglo XX; con quien más tarde trabajaría.

En 1940, con la llegada de los alemanes a París, Charlotte se va de gira con la tropa de Jouvet a Suiza y luego América Latina; mientras que Dudach entra a la clandestinidad. A su regreso Charlotte se ocupa de traducir y dactilografiar para el Partido la información proveniente de Radio Moscú y Radio Londres. El 2 de marzo de 1942, el estudio donde trabajaban es invadido por cinco policías que toman preso a Charlotte y Dudach; este último es condenado a muerte y fusilado el 23 de mayo del mismo año. Charlotte es dejada en libertad. Transferida a Romainville, el 20 de enero de 1943 es una de las 230 deportadas políticas que parten de Compiègne rumbo al campo de Auschwitz-Birkenau. Después de un tiempo y de haber sobrevivido a un tifus, Charlotte es transferida a Ravensbrück, donde es liberada por la Cruz Roja el 23 de abril de 1945. De las 230 mujeres deportadas, solo 49 sobreviven.

Luego de unos mese en Suecia, Charlotte vuelve a Paris a trabajar con Jouvét. Sus fuerzas son tan débiles que se recluye una temporada en el hospital psiquiátrico Les Hortenses en Suiza; allí escribe “*Aucun de nous ne reviendra*”, sin compartirlo. Más tarde, trabajará en la naciente ONU hasta 1960; dejando esta labor para unirse a su amigo, el filósofo Henri Lefevre en el CNRS (Centro Nacional de Investigación Científica) hasta 1978. En 1965, 20 años después de su estadía en el hospital suizo, su libro sobre las memorias de Auschwitz verá la luz. Más tarde le seguirán los otros dos tomos de la trilogía. Charlotte muere de cáncer el 1 de marzo de 1985.

A partir de una lectura creyente de su experiencia, narrada en la trilogía *Auschwitz et Après*, presentamos los trazos de lo que podríamos denominar una “ética de la esperanza”, donde se entrelazan belleza, don, acogida, memoria y resistencia. En tiempos de catástrofe y de incertidumbres eco-sociales, nos parece que es en los testimonios del margen, en las vidas sufridas y arrebatadas, en los relatos de lucha y sobrevivencia donde encontramos las semillas para seguir esperando y acogiendo, para seguir creyendo en el ser humano y continuar trabajando en la construcción de la justicia y la paz.

1. Una hospitalidad de nombres

Todos fuimos marcados en el brazo de un número indeleble
 Todos debían morir desnudos
 El tatuaje identificaba los muertos y las muertas
 (Delbo, *Aucun* 24).

Charlotte, ahora número 31661, jamás olvidó un nombre. Lo primero que llama la atención es su extrema delicadeza en el trato, en el trato humano en condiciones infrahumanas. Sus escritos están llenos de nombres, nombres de mujeres, sobre todo; de sus compañeras de

penurias, con las que luchó y resistió, de las que se despidió y de las que una vez liberada fue a visitar. Ni Charlotte ni sus amigas se transformaron en simples números, en tatuajes sin rostro, en gente sin piel ni lágrimas. La hospitalidad aparece como acogida, sostén, soporte del otro. Charlotte transforma su preocupación en ocupación del otro, por el otro y por sí misma: “Era el día. Las columnas se formaron. Nos dejamos dirigir por cualquiera. Nuestra única preocupación era de no separarnos, así como de tenernos estrechamente la una a la otra” (*Aucun* 74). La necesidad de la estrechez, de la cercanía y proximidad aquí se llena de fuerza. No es solo el apoyo, sino la compañía; no es solo una empatía en el miedo y el dolor, sino una ofrenda hacia el otro. “La una a la otra” se transforma en expresión del amor donado y ofrecido. Esta última expresión muy querida por Jesús, era, según el teólogo chileno Ronaldo Muñoz, una de las marcas registradas del cristianismo, el *allélon*. *Allélon* significa literalmente “de uno para con el otro” y se usa bajo el significado de recíprocamente, mutuamente. Es un genitivo plural, solo empleado en plural, porque siempre se refiere a dos. El *allélous*, en palabras de Ronaldo:

significa unos a otros. Ámense unos a otros, lávense los pies unos a otros, sírvanse unos a otros, lleven la carga unos a otros, lloren con los que lloran, alégrense con los que se alegran. Esta reciprocidad igualitaria que es propia de la hermandad cristiana y que es la gran obsesión de Jesús, es inseparable de la experiencia del Dios que nos ama como padre y madre, y que está atento a nosotros para sanarnos, para levantarnos, para corregirnos con cariño (83). Descubrí enseguida que Dios mismo es allélous, unos a otros (49).

Nos aventuramos a afirmar que el *allélous* cristiano se hizo cuerpo en Charlotte Delbo. Ella vivió esta dimensión cristiana profundamente, configurando su vida -inserta en el horror de Auschwitz- en un hogar y un refugio para el otro.

Como en ese otro episodio, al regreso del trabajo de la tarde. Extenuadas del cansancio, de la sed; dos mujeres caen al suelo y, pese a los golpes, ya no vuelven a levantarse. Charlotte al describir este horrible momento dice:

Las cargamos dulcemente a lo largo de la explanada, allá donde la hierba está seca, y regresamos a nuestras palas. Ellas nos hacen falta. No todas saben, preguntan. Los nombres pasan de boca en boca en un cuchicheo sin emoción. Estamos demasiado cansadas. Berta y Mariana están muertas. ¿Cuál Berta? Berta de Bordeaux (*Aucun* 126),

y más adelante, luego de los extenuantes kilómetros cargándolas, “No miramos más, porque las lágrimas caen sobre nuestros rostros, caen sin que lloremos. Caen de cansancio y de impotencia. Y sufrimos en esa carne muerta como si estuviera viva. La tabla bajo los mulos las hiere, las corta. Berta. Mariana” (*Aucun* 131). En Charlotte, la hospitalidad toma un carácter nominativo, es decir, se llena de nombres. Se traduce en mantener lo del otro en una, su identidad, su procedencia, su tierra, su acento; todo ello en el simple acto de nombrar o llamar. Llamar a la otra por lo que no han podido arrebatarse es una forma de protegerla. El nombre se convierte en la casa donde una puede habitar sin ser arrojada fuera.

2. Una hospitalidad como lugar y cuerpo de resistencia

La hospitalidad consiste también en ver aquello que nadie quiere ver, en hacerle frente - cuerpo a cuerpo- a la hostilidad y violencia.

Hay que volver, volver a la casa, volver para tocar con nuestras manos el fregadero de piedra y luchamos contra el vértigo que nos empuja hacia el fondo del agujero de la noche o de la muerte . . . nuestra energía en un esfuerzo desesperado, y nos abrazamos al ladrillo, al ladrillo frío que cargamos

contra nuestro corazón, el ladrillo que arrancamos de un montón de ladrillos cimentados por el hielo, rompiendo el hielo con nuestras uñas (*Aucun* 90).

Las mañanas, durante la llamada, Charlotte sufre lo indecible. Todas las mañanas. Su cuerpo ya no soporta el dolor, el frío. El frío es peor que el dolor.

Qué bien que hace deshacerse de ese corazón frágil y exigente. Una se detiene en una levedad que debe ser aquella de la felicidad. En el fondo de mí, todo se llena de la fluidez de la felicidad. Me abandono y es dulce abandonarse a la muerte, más dulce que el amor es saber que es el fin, el fin del sufrimiento y de la lucha, el fin de pedir lo imposible a ese corazón que ya no puede más . . . Y cuando vuelvo a mí, es por las bofetadas que me da Viva, con todas sus fuerzas, apretando la boca y sin mirarme. Viva es fuerte. Ella no se desmaya en la llamada. Yo, todas las mañanas. Es un momento de felicidad sin palabras. Viva no puede saberlo. Ella dice y dice mi nombre que me llega desde lo lejos desde el fondo del vacío -es la voz de mi madre la que oigo. La voz se hace dura: Agallas. De pie. Y siento que estoy apretada a Viva como el niño a su madre . . . Y debo luchar para escoger entre esa conciencia que es sufrimiento y este abandono que era felicidad, y yo escogí porque Viva me decía: Agallas. De pie. (*Aucun* 103-104).

Charlotte y sus compañeras veían todos los días la muerte. Todos los días una decidía morir, “morir es tan fácil aquí. Solamente hay que dejar ir su corazón” (*Aucun* 104). La muerte cotidiana es una opción, pero delante de los cuerpos heridos del otro, esa opción queda en segundo lugar. Es lo que Charlotte testimonia. Ese abandono de felicidad que significaba desfallecer, no volver a abrir los ojos ni levantarse; o esa conciencia de sufrimiento compartido, resistido y batallado juntas. Charlotte todas las mañanas vuelve a escoger al otro, a la otra. De esa forma ella también acoge la hospitalidad de su compañera. No se vive más para sí misma, sino para las otras. Entendido así, Charlotte se configura con Cristo.

¿Es posible que la hospitalidad llegue al punto de acogerlo todo, recibirlo todo, permitir entrar todo? En Charlotte hay atisbos de una “hospitalidad radical”. Probablemente, aquella que puede acontecer en las situaciones límites, en donde la vida todo el tiempo pende de un hilo. En uno de sus escritos dice:

La muerte me asegura: no la sentiré. ‘No le temes a los crematorios, ¿por qué?’ Es que ella es fraterna, la muerte. Aquellos que la han pintado con una cara execrable jamás la han visto. La repugnancia la lleva. Yo no quiero pasar sobre una pequeña camilla. Ahora, sé que todas las que pasan lo hacen por mí, que todas las que mueren, mueren por mí. Las veo pasar y me digo no. Dejarse congelar en la muerte, aquí en la nieve. Déjate congelar. No, porque hay una camillita. Yo no quiero pasar sobre la camillita (*Aucun* 107).

No todo es bienvenido. La muerte que nos arrebató la vida de manera trágica y sin desearla; no es bienvenida. Para ella no hay acogida. Pero, sí para la otra muerte, aquella que se acerca más a la dormición, al abandonarse -del que hablaba Charlotte. Aquella en donde simplemente nos dejamos reposar. Congelados sobre la nieve.

Las judías creían que ellas eran más golpeadas que nosotras y venían a deslizarse entre nuestras faldas rayadas. Nos daban pena . . . Nos inspiraban piedad, pero nosotras no queríamos separarnos. Nos protegíamos mutuamente. Cada una quería quedarse al lado de una compañera, delante de una más débil para recibir los golpes en su lugar, detrás de alguna que no pudiera correr para levantarla si caía (*Aucun* 145).

Durante un momento de trabajo, Charlotte se encuentra sola. No era común en el campo. Eran tres las que trabajaban en una fosa, cuando una Kapo llama a las dos compañeras de Charlotte; le dicen para animarla: “no te preocupes, ya te reunirás con nosotras”; y ella relata:

Me quedé sola en el fondo de esa fosa y me llené de desesperanza. La presencia de las otras, sus palabras hacían posible el regreso. Se habían ido y sentía miedo. No creo en el retorno cuando estoy sola. Con ella, puesto que creen con fuerza que es posible, entonces yo creo también . . . Ninguna cree en el regreso cuando está sola. Y, de pronto, en el fondo de esa fosa, sola, me pregunto si llegaré al final del día. ¿Cuántas horas aún faltan antes del silbato que marca el final de la jornada de trabajo, el momento en que retomamos la columna . . . dándonos los brazos y hablando, hablando hasta aturdirnos? Pero aquí estoy sola. No puedo pensar más porque todos mis pensamientos chocan con la angustia que nos habita a todas: ¿Cómo saldremos de aquí? ¿Cuándo saldremos de aquí? (*Aucun* 162-163).

Se trata de la experiencia del resistir con otros. En Charlotte, en su testimonio, se nos manifiesta esa dimensión colectiva de la hospitalidad que permite el sobrevivir. Se sobrevive porque hay otro que está allí para acoger nuestro dolor. Sin duda, una figura bíblica que ilustra esta forma de hospitalidad es Simón de Cirene (Mt 27, 32; Mc 15, 21; Lc 23, 26). Simón se hizo prójimo de Jesús, acogiendo su sufrimiento y cargando con él la cruz. Si bien esta relación es “pre-compasiva” (Achondo 107), no por ello deja de ser hospitalaria.

3. Una hospitalidad como chispas de belleza en los campos de la muerte.

Ya sea por la forma del testimonio mismo, relatado en la trilogía de Delbo, cargado de delicadeza y belleza poética; como por los gestos, palabras y relaciones que la joven nos narra; pensamos que hablar de belleza en Auschwitz, es posible. Probablemente no porque allí se halla gestado algo peculiar, sino porque Charlotte ya lo traía consigo. La experiencia del horror, empero, no logró opacarlo, dándole un cauce inesperado y nuevo.

Lulu mira alrededor, ve que no hay ninguna Kapo cerca en ese instante, me toma la muñeca y dice: ‘ponte detrás mío que no te vean. Aquí podrás llorar’. Ella habla despacio, tímidamente. Sin duda era justamente lo que tenía que decirme, pues obedecí a su gentil movimiento . . . No quería llorar, pero

mis lágrimas afloraban, caían sobre mis mejillas. Las dejé caer y, cuando una lágrima tocó mis labios, sentí la sal y seguí llorando. Lulu trabajaba y se esforzaba. A ratos se daba vuelta y con su manga, dulcemente, limpiaba mi rostro. Lloré. No pensaba en nada, solo lloraba. Ya no sabía por qué lloraba cuando Lulu me agarra: ‘Es todo por ahora. Ven a trabajar. Dale’. Con tanta bondad que no tenía vergüenza de haber llorado. Es como si hubiese llorado sobre el pecho de mi madre (*Aucun* 165-166).

¿Cómo no hacernos partícipe de esta sutil belleza humana, acaecida en el campo de concentración, leyendo estas líneas de Charlotte?:

Por los hombres sentíamos una gran ternura. Los veíamos dar la vuelta en la caminata. Les tirábamos papelitos por debajo de la reja, nos escondíamos de la vigilancia para intercambiar unas palabras. Los amábamos. Se los decíamos con los ojos, nunca con los labios. Eso les habría sonado extraño. Habría sido decirles que sabíamos cuán frágiles eran sus vidas. Disimulábamos nuestra pena . . . Aquellas que tenían a su marido entre los hombres, solo los miraban a ellos, encontrando rápidamente su mirada en los ojos que buscaban hacia nosotras. Aquellas que no tenían marido amaban a todos los hombres sin conocerlos. (*Une* 9)

La belleza a la cual nos referimos tiene que ver con una particular sensibilidad por los detalles cotidianos. Una hospitalidad que llenaba de esperanza esos espacios de vejamen. En este sentido, podríamos hablar de una sensibilidad femenina. Más aun, de una compasión femenina. Aquella que, sin ser exclusiva de la mujer, se manifiesta de forma más natural en ella. Muy distinta es esta forma narrativa -proveniente de una experiencia; que no resta nada al horror y la crudeza, a los relatos, por ejemplo, de Primo Levi o Elie Wiesel. Si la vivencia en los campos de la muerte es única e irrepetible, como toda experiencia del sufrimiento, nos aventuramos a elevar la hipótesis que frente al dolor, la mujer, y cada mujer en particular, manifiesta otra sensibilidad, otra manera de responder, más cercana a la compasión que a la furia, más llana a la compañía que a la desesperanza, más propia de la piel que de los

músculos. No en vano la raíz hebrea de ternura y compasión tiene que ver con el útero. Las *rajamim* de Dios, otro nombre para decir su esencia amorosa más propia, no son otra cosa que sus entrañas de fertilidad y fecundidad, su útero dador de vida. Su capacidad creadora. La posibilidad, justamente, de hospitalidad de la vida que no es él. Sugerente lectura hace la teóloga alemana Dorothee Sölle al hablar de una “memoria del dolor” (75-76) implícita en el cuerpo de la mujer. Haciendo eco a los dolores de parto para los cuales el cuerpo femenino está previsto, Sölle comenta que, al dar a luz, el cuerpo deja de defenderse haciéndose uno con su dolor. En ese momento mi relación con el dolor cambia, se transforma, permitiendo la llegada de la vida.

La hospitalaria belleza de gestos y de palabras, en “el infierno” (*Une* 32) -como muchas veces Charlotte se refiere al campo; adopta y encuentra otra densidad: “Miré a Esther, su bufanda blanca. Miré sus dientes que iluminaban su rostro. Le dije: ‘Tienes unos hermosos dientes’” (*Une* 39). Los detalles son como destellos de humanidad y nos recuerdan las pequeñas “chispas de esperanza” (Tesis VI, 60) de Walter Benjamin o esa “frágil fuerza mesiánica” de la que habla en su Tesis II (55). La belleza irrumpe, frágil, para salvar. Salvar lo que somos, salvar lo que fuimos. Cuando Charlotte se refiere a sus recuerdos de Lily, quien fue asesinada luego de encontrarse una nota de amor escrita para quien se había enamorado; dice: “todas las mañanas había que ayudarse unas a otras a abotonarse todos los botones a lo largo de la espalda y, por la tarde, a desabotonarse.... Lily tenía veinte años. Su coquetería resistía la cautividad. Se había recortado la falda rayada” (*Une* 67).

No se trata de una actitud ingenua o de una forma de negación, la crudeza del relato no deja espacio para romanticismos. Aquellas mujeres no “soñaban por las noches, solo deliraban” (*Une* 88); y, aun así -y es lo que impresiona en su relato- continúa: “en ese pequeño

campo volvíamos a la vida y todo se nos presentaba de nuevo. Todos los deseos, todas las exigencias. Habríamos querido leer, escuchar música, ir al teatro. Queríamos montar una obra. ¿No teníamos libre los domingos y una hora en la tarde?” (*Une* 89). De hecho, montaron una obra y en el decir de Charlotte, fue “magnífico porque, durante dos horas, sin que las chimeneas hubieran cesado de humear carne humana, durante dos horas, habíamos creído” (*Une* 93).

En las fechas cercanas a Navidad se pregunta: “¿Cómo celebrar Navidad en el campo de la muerte? . . . El pino estaba adornado al lado de la horca”. Horca que nos recuerda donde Dios mismo, en palabras de Elie Wiesel, habría sido colgado: “¿Dónde está Dios? Helo ahí, Él está colgado aquí, en esa horca” (25).

Aun, en esta búsqueda por los destellos de humanidad y belleza, tras los gestos “mesiánicos” de hospitalidad que permitían resistir la barbarie y mantenerse en pie, Charlotte relata:

Y fue que asistimos a la escena mas extraordinaria. Taube -El Taube que vimos enviar a miles de mujeres a la cámara de gas, que vimos lanzar su perro sobre nosotras y devorar algunas, que lo vimos sacar el revolver y dispararles a las judías del block 15 porque no entraban con rapidez . . . Taube, el SS más cruel, si es que había crueldad entre los SS- Taube se arrodilló delante de Carmen y, con su navaja arregló los orificios de sus botas para que pudieran entrar los cordones. Habiéndolo logrado se puso de pie y le dijo despacio: ‘Gut’. Nos habría sorprendido menos si nos hubiese conducido al block 25 que es la antesala del crematorio (*Une* 103).

La noche antes de la liberación es memorable. Charlotte opta por no dormir, sin saber si realmente sería el día de su liberación. Pasó toda la noche en vela sintiendo el aire frío. Luego que las amigas se preocuparan al no encontrarla en la cama, ella no les contó realmente

que le sucedía. Sentía vergüenza de decirlo. Tenía vergüenza de haber sentido miedo a morir. “Una vieja deportada como yo... Veintisiete meses de campo durante los cuales cada minuto había ahorrado fuerzas, controlado el corazón, calculado el menor de sus gestos, el más mínimo paso, para soportar una hora más, un día más, y ahora, comportándose como una novata, como una idiota” (*Une* 167-168). Esa mañana Charlotte habla de un hombre, del hombre -un soldado sueco que dirige la operación de liberación. Sin embargo, no deja de ser sugerente que solo lo llame “el hombre”, como diciendo la humanidad, lo humano. Por fin, luego de esos 27 meses de suplicio y resistencia, de lágrimas, desalientos y pesadillas, de frágiles gestos de esperanza, arriba la humanidad: “él nos miraba. Él miraba esas mujeres que lo miraban, sin saber que, para ellas, era lo más perfectamente bello de la belleza humana” (*Une* 171). Luego explicitará esto, “Las mujeres miraban al hombre, pero no lo veían. Es decir, ellas no lo veían en sus detalles, en aquello que lo distinguía en tanto hombre. Ellas solo veían al hombre, una efigie de los humanos olvidados. Y eso era aún más sorprendente que la presencia misma del hombre” (*Une* 173). Y concluye aquel día, relatando:

Ahora sé por qué el capitán M era tan bello aquella mañana del 23 de abril de 1945, en el terreno de Ravensbrück. Ya sé por qué los niños eran tan bellos, esos que vimos en el andén de la pequeña estación danesa. Ya sé por qué las flores eran bellas, hermoso el cielo, hermoso el sol, perturbadoras y bellas las voces humanas. La tierra era bella de ser reencontrada. Bella y deshabitada (*Une* 178).

4. Una hospitalidad vivida como recordación.

Desde que llegó a Auschwitz, Charlotte Delbo, se llenó de temor de perder la memoria y, por ello, constantemente realizaba ejercicios de recordación, memorizando textos, poemas, obras enteras. Llegó a memorizar, “después de mucho esfuerzo, cincuenta y siete poemas”. Y continúa, “Tenía tanto miedo de sentir que se me escapaban que los recitaba todos cada día, todos, uno tras otro, durante la llamada... a veces necesité un día entero para recordar un verso, una palabra, que no quería venirme” (*Une* 121).

Ya después de su liberación, Charlotte entra en una fase muy dura, crítica; como escindida por dentro, presa en una realidad que no era la suya. En un fuera-de-la-realidad. “Las únicas que podían ayudarme estaban lejos de tenerlas conmigo. Nadie las podía reemplazar” (*Measure* 11). La soledad radical en su libertad. Radical y existencial. Charlotte padece lo que muchos sobrevivientes, una desconexión entre lo vivido y el ahora, entre la memoria y el presente; al punto de dudar si todo lo acontecido realmente sucedió. La memoria aparece como una categoría inaudita, en el sentido de adquirir una relevancia inusitada. De este modo, con Charlotte, podríamos hablar de una “hospitalidad de la palabra y de la memoria”. Pues se nos invita a no olvidar. Mas allá del imperativo de Adorno (284) y otros pensadores (Santayana, Metz) respecto del deber de memoria, aquí no nos encontramos con su sentido ético, sino con una dimensión afectivo-existencial o, más bien, antro-po-patética, que, para ser justos con lo ya expresado, diremos *gino-patética*, es decir, padecida desde su ser mujer. Es esa manifestación de la memoria que se da en la carne de la sobreviviente, manifestación mucho más sensorial y afectiva, que psicológica o moral. Quizás más cercana a la recordación en su sentido etimológico. Volver a pasar por el corazón,

centro de toda experiencia¹. En Charlotte y otros sobrevivientes del horror, la memoria adquiere ribetes del orden de lo vital. Se respira por ella, se vive gracias a ella, se vuelven a reconstruir las relaciones a partir de ella. Constituye una recordación más que una rememoración. Recordación patética de los chispazos de humanidad compartidos y padecidos, con otras, en los campos de la muerte. Elaboramos una hipótesis: la recordación del sufrimiento y, sobre todo, de la resistencia con otros al sufrimiento, constituye un lugar (*locus*) desde donde es posible seguir viviendo. No el olvido, no la mera superación del trauma, no la reconstrucción de una nueva vida.

Charlotte apoya con sus palabras esta tesis al decir que:

ustedes dirán que se puede arrebatar todo de un ser humano, menos su memoria. No saben nada. Primero le quitamos su calidad de ser humano y luego es que le arrebatamos su memoria. Su memoria se esparce como andrajos, como los andrajos de una piel quemada . . . Aquel que ha sobrevivido debe reconquistar su memoria, reconquistar aquello que antes poseía: su sabor, su experiencia, sus recuerdos de infancia, su habilidad manual y sus facultades intelectuales, su sensibilidad, su capacidad de soñar, imaginar, reír. Si ustedes no son capaces de mesurar el esfuerzo que ello ha costado, no vale la pena que intente que comprendan (*Measure* 44).

El testimonio de Charlotte presenta una encrucijada, la del límite o los límites de la hospitalidad. Como todas las virtudes, la hospitalidad también posee límites. Los límites de la condición humana, de la relación, del cuerpo, de la psiquis. Sin entrar muy a fondo en esta encrucijada nos quedamos con dos aspectos: el límite del lenguaje para expresar la hospitalidad, para narrar lo que nos permitió vivir y resistir. Y el límite del propio sufrimiento y su recordación. Esta encrucijada se presenta en Charlotte como una división en

¹ Vale la pena leer también, desde esta óptica, el testimonio de Etty Hillesum.

compartimentos de la historia de su vida. Mientras en Auschwitz recordar la infancia, la vida anterior, la familia, los cantos, las fiestas, los amigos; les permitía sobrevivir; la vida post-Auschwitz parecía solo teñida por el dolor. Los recuerdos de antes habían desaparecido, ahogados en el horror, olvidados en el campo y su tortura:

Después que regresé no me quedó nada. Mi verdadera hermana eres tú. Mi verdadera familia, son ustedes, aquellos que estaban allá conmigo. Hoy, mis recuerdos, mi pasado, está allá . . . Todos los esfuerzos que hicimos para evitar nuestra destrucción, para perseverar en nuestro nosotras, para mantener nuestro ser de antes, todos esos esfuerzos solo me sirvieron allá . . . mi vida comenzó allá. Antes no hay nada. (*Mesure* 50-51).

Probablemente, el límite de la hospitalidad es ser huésped de la muerte. Habitar rodeada de muertos, habitar una recordación llena de muerte sin sentido y de una vida que no es capaz de hacer lo que se supone debería, por justicia, para con aquellos muertos. La muerte absurda e injusta transforma la hospitalidad en algo mudo. “Ella vive en mí inútilmente” (*Mesure* 59) -dirá Charlotte refiriéndose a Mounette, muerta en el campo.

Respecto de la palabra, Charlotte es extremadamente sensible. Vale la pena estudiar también el caso de Jorge Semprun y la importancia o no de contar, testimoniar. Y cuándo. Charlotte piensa que “las palabras no poseen el mismo significado... la amistad, ¿qué saben ellos? Todas sus palabras son ligeras. Todas sus palabras son falsas. ¿Cómo estar con ellos cuando solo tenemos palabras pesadas, pesadas, pesadas?” (*Mesure* 60-61).

La memoria o recordación, como la hemos llamado aquí, en Charlotte, adquiere una fuerza nueva. Ella no es del orden de la voluntad, está en otro lugar; en ese sitio *gino-patético* del cual hemos hablado:

Aquellos que nos aman quieren que olvidemos. No entienden, primero, que eso es imposible, y luego, que olvidar sería atroz. No un aferrarse al pasado, no un haber tomado la decisión de no olvidar. Olvidar o recordar no depende de nuestro querer, incluso si tenemos el derecho. Ser fieles a nuestros camaradas que estuvieron allá, es todo lo que nos resta. De todas formas, olvidar es imposible . . . el pasado no pasa (*Measure* 63-64).

¿Cómo concluir un escrito sobre una mujer sobreviviente que luego, en libertad, se dedicará a averiguar los caminos, las vidas, los encuentros, los olvidos y las resistencias de cada una de las mujeres del Convoy del 24 de enero? (*Le convoy*) ¿Qué más queda por decir? Con las marcas y un número en el brazo. Con las heridas en la memoria y una vida por rearmarse desde allí. Con una experiencia en el infierno y un grupo de compañeras que se mantienen juntas hasta que la última deja esta tierra. Lo que hay en sus páginas no es odio ni venganza, ni sed de justicia, siquiera. No hay reproches ni un grito contra la vida o el Creador. Nada de eso. En la trilogía de Charlotte Delbo se nos entrega un relato de sobrevivencia en la esperanza, una narrativa de resistencia porque en el fondo hay todavía una llama de vida, un fuego palpitando. Si la ética “más allá del bien y del mal” de Nietzsche puede decirle algo al ciudadano de hoy, tiene menos que ver con el nihilismo y más que ver con el humanismo de Charlotte y sus compañeras. Mas allá de una moral del deber, más allá de una mera ética socio-política, mas allá del dualismo víctima-victimario, está la praxis de la esperanza relatada, en su radical humanidad, por Charlotte. Aquella “esperanza contra toda esperanza” (Rm 4, 18) aquí manifiesta su gramática. La hospitalidad, desde la memoria y la resistencia, logra elevarse en belleza y humanidad; logra transformarse en una vida con sentido y a contra sentido de los poderes hegemónicos de odio y marginación. Sin duda Charlotte Delbo puede ser una maestra en humanidad para sociedades en estado de excepción permanente.

Referencias Bibliográficas

Achondo, Pedro Pablo. *Desde el abismo clamo a ti Señor: Dios, el sufrimiento y lo que podemos hacer*. Santiago: Editorial San Pablo, 2017. Impreso

Adorno, Theodor. *Dialectique Négative*. Paris: Payot, 1978. Impreso

Benjamin, Walter. *Sur le concept d'histoire*. Paris: éditions Payot & Rivages, 2013. Impreso

Delbo, Charlotte. *Auschwitz et après I: Aucun de nous ne reviendra*. Paris: Les éditions de minuit, 1970. Impreso

--- . *Auschwitz et après II: Une connaissance inutile*. Paris: Les éditions de minuit, 1970. Impreso

--- . *Auschwitz et après III: Mesure de nos jours*. Paris: Les éditions de minuit, 1971. Impreso

--- . *Le convoi du 24 janvier*. Paris: Les éditions de minuit, 1965. Impreso

Moreno, Enrique. *Conversaciones con Ronaldo Muñoz*. Santiago: Fundación Coudrin, 2010. Impreso

Sölle, Dorothée. *Against the wind: Memoir of a radical christian*. Minneapolis: Fortress Press, 1999. Impreso.

Wiesel, Elie. *La Nuit*. Paris: Les éditions de minuit, 1858/2007. Impreso